

A close-up, low-angle photograph of a piano keyboard. The keys are arranged in a diagonal line from the bottom left towards the top right. The lighting is warm and soft, highlighting the texture of the white and black keys. The background is dark and out of focus.

**ÉL ENTRE  
NOSOTRAS**

Anna Myers

—Él es tan especial —dije y fui a sentarme con ella.

En verdad yo le gusto. De verdad, verdad. Nos hemos divertido mucho sólo estando por ahí. Todo con él es de verdad emocionante —miré a Liz y esperé una respuesta.

—¡Guau, es genial! —Se paró y de nuevo empezó a sacar cosas de su maleta—. ¿Entonces los dos son una pareja como las que hay en el colegio?

*Con amor para Vanda Lee Hoover,  
mi hermano, y para el doctor  
Charles Biggers, mi cuñado.*

## Uno

Esto es lo que recuerdo sobre Ethan. Girasoles. Había girasoles en todos los potreros que rodeaban los pozos de petróleo. Y el olor a petróleo. En cualquier sitio de Collins Creek, Oklahoma, se podía sentir el olor. La compañía regaba petróleo en las calles rojas para calmar el polvo o, en caso de lluvia, para combatir el terrible lodo carmín que podía inmovilizar la camioneta del empleado que venía a medir lo que el pozo producía.

Ese verano estábamos esperando la lluvia, pero no llegaba. El sol se convertía en un horno gigante y horneaba aquellas carreteras que cruzaban nuestra comunidad. El olor a petróleo caliente, negro, llenaba el aire.

Ahora solamente es mayo. El verano aún no ha llegado a Oklahoma. Hoy me gradúo de bachiller. Probablemente debería estar revisando el discurso que voy a dar por ser la mejor estudiante de mi clase, pero en vez de ello mis pensamientos están en Ethan.

Puedo cerrar los ojos y devolverme hasta aquel día de julio, hace casi tres años ya. Y ahí está Ethan. Su familia se mudó a una de las casas de nuestro campamento. No se imaginen que nosotros vivimos en carpas o algo por el estilo, pero todo el mundo llama a este lugar el campamento. Tenemos casas, doce casas blancas que son idénticas, ordenadas en semicírculo. En el medio hay una especie de área común, Hay un parque con una oficina y un cobertizo para guardar el equipo, y el campo de los ductos abajo, hacia la entrada. Hay tres campamentos en Collins Creek. Al-

gunos de los trabajadores de la compañía tienen casas en terrenos arrendados a los agricultores. Me siento afortunada de no vivir en uno de los otros campamentos o en arriendo. Porque en ese caso, Ethan habría sido tan sólo un muchacho cualquiera que hubiera llegado a mi colegio por un tiempo.

Hasta ese momento, hasta que Ethan llegó, éramos solamente Liz y yo contra el mundo. Ni siquiera me acuerdo de lo que pasó antes de conocer a Liz. Comenzamos el colegio juntas, agarradas de las manos, en el edificio de ladrillo rojo, dos kilómetros más abajo de nuestro campamento.

No era que los otros no fueran amistosos pero, visto en retrospectiva, fue allí donde aprendimos que las niñas que conocíamos estaban divididas en dos grupos. Nosotras en un grupo, y el resto de ellas en otro.

La mejor manera de ilustrarlo es que cuente sobre la fiesta que Jeannie Marie Tripton hizo cuando estábamos en el séptimo grado.

—Hagamos un círculo y por turnos contamos cómo nos imaginamos nuestro futuro —dijo alguien y Jeannie Marie empezó porque la fiesta era de ella.

—Después de terminar el colegio probablemente me vaya a trabajar a Edmond y ahorre para mi boda. Naturalmente, voy a tener que comprar un automóvil, tal vez un convertible Chevy. En el término de un año, me caso —hizo una pausa para hacer una gran bomba con su chicle que reabsorbió luego, y continuó—: Puede que me case con Gary Don Stoner o tal vez con mi jefe si es buen mozo. Luego, al cabo de dos años, voy a tener mellizos: un niño llamado Mitch y una niña llamada Millie. Viviremos en una casa de ladrillo e iremos a Carlsbad Caverns en las vacaciones.

Le tocaba el turno a Liz. Claro que yo sabía lo que iba a decir, pero de cualquier forma puse mucha atención, porque me gustaba oírsele decir.

—Voy a ir a una universidad que tenga un programa de danza realmente bueno. Puede que no me quede los cuatro años completos, no si antes puedo entrar a una de las mejores compañías de *ballet*. Y finalmente voy a bailar en ciudades de todas partes, tal vez también en Europa.

—¿No te vas a casar? —preguntó Jeannie Marie.

Liz se encogió de hombros.

—Tal vez algún día, pero no será lo primero que haga.

—Serás muy vieja para tener niños —le advirtió Jeannie Marie.

—Entonces, bailaré —dijo Liz y alguien soltó una risilla contenida.

Me tocaba a mí. Durante un minuto consideré la posibilidad de pasar, y decir que no sabía lo que quería, lo que en parte era cierto, pero ellas se habían reído de lo que había dicho Liz. Una escena de la historia de El Álamo me vino a la mente. La línea divisoria estaba trazada allí, en la alcoba misma de Jeannie Marie, como lo estaba en El Álamo. Tenía que cruzarla para quedar junto a Liz.

—También iré a la universidad —dije—, no estoy segura de lo que voy a hacer después, pero será algo especial. A veces puedo sentirlo tanto como si estuviera allá afuera, esperándome —decidí bloquear todas las preguntas—: No me voy a casar hasta que tenga mínimo treinta años, quizás más tarde aún.

—A ustedes dos se les ocurren cosas muy raras —dijo Julie Horton mientras se echaba esmalte rojo en el dedo gordo del pie—. Yo, por ejemplo, decía que quería ser actriz de cine pero eso eran niñerías. Me refiero a que tengo trece años, y mi mamá se casó a los dieciséis.

Los muchachos también percibían la línea que nos separaba de las otras niñas.

La mayoría de ellos todavía nos sonreía en los corredores. ¿No habíamos jugado a la pelota con ellos en la primaria? Pero ni ellos nos chiflaban, cuando bajábamos por los

corredores del colegio, ni nosotras cambiábamos nuestra manera de caminar, aun si ellos estaban observándonos.

No nos importaba. Nos teníamos la una a la otra. Y así podíamos reírnos, y lo hacíamos a propósito de casi todo. Aquella tarde de verano en que llegó Ethan, nos reíamos del título de la canción, *¡Oh, qué alegría!* Habíamos descubierto que yo había oído mal y ahora nos estábamos riendo de ello.

—Un, dos, tres —dije y comencé a tararear—: *¡Oh, qué tontería!* —cantamos—. *¡Qué tontería!*

Entonces Liz puso la música de su recital y comenzó a ensayar. Tendida en su cama, yo la observaba deslizándose en puntas de pies. Su brazo, adornado con pulseras, captó y retuvo mi atención al moverse en perfecta armonía con la música.

Ese sentimiento que había tenido intermitentemente durante el verano empezó a embargarme de nuevo, inquietándome y haciéndome desear tener también un sueño especial como Liz lo tenía.

Con su pelo dorado apilado sobre la cabeza, ella giraba a mí alrededor, y yo podía verla bailar hacia un futuro deslumbrante. Mis sueños, en cambio, no tenían un camino que yo pudiera seguir. Ella era toda gracia y yo toda desadaptación.

Tenía el pelo oscuro y demasiado rizado y, comparada con Liz, yo me movía como un muchacho. Pensaba, a veces, que la vida sería más fácil si hubiera sido un muchacho, capaz de pertenecer al mundo de contratos y perforaciones. En Collins Creek, una niña solamente podía contribuir lavando los overoles grasosos de su papá. Un muchacho de mi edad pronto estaría en capacidad de trabajar de aprendiz, limpiando los aparejos durante el verano, y tendría un puesto después de graduarse, como obrero raso. Yo envidiaba a estos hombres jóvenes que se la pasaban riendo y con el torso desnudo, subidos en la parte de atrás de un

camión de la compañía. Envidiaba su camaradería, su fácil lugar en el mundo.

Así era la cosa. Antes de que Ethan llegara, yo no tenía un lugar en el mundo. Tenía pies resistentes para caminar descalza en las carreteras de creosota; podía cruzar a pie los tubos de una cerca para ganado, pero nunca podría cruzarlos montada en la parte de atrás de un camión de la compañía Sohio. Nunca podría ponerme zapatos con puntas de metal o un casco de metal que protege contra objetos que le puedan caer a uno encima, o contra pensamientos del mundo exterior.

Ahora déjenme contarles cómo fue la primera vez que vi a Ethan. Debería decir cuando vimos a Ethan, porque Liz estaba conmigo, pero la verdad es que tengo que esforzarme para recordar que ella también estaba allí.

Los vecinos nuevos se mudaron a la casa contigua a la de Liz mientras que ella estaba en sus clases de *ballet* en Edmond. Su mamá la llevó y yo las acompañé para ir después a la biblioteca. No esperábamos que ellos llegaran ese día. Liz, por supuesto, habría ido a su clase de cualquier manera, pero yo tal vez me hubiera quedado en casa. ¡Observen! Liz iba con un propósito definido y yo, sin nada importante que hacer.

Me fui para mi casa a cenar tan pronto como llegamos de Edmond, pero le dije a Liz que volvería apenas hubiera terminado y así lo hice. Para ese momento, todo el mundo había terminado la comida de la noche y los niños estaban afuera en la parte de atrás. Los más pequeños abandonaban un juego de Red Rover y comenzaban a tirar pelotas sobre los tejados y a gritar entusiasmados. El papá de Liz había acabado de desmoldar un helado de melocotón. Las dos habíamos recibido una porción y habíamos salido al porche delantero. En las ventanas de la sala de los vecinos no había cortinas y podíamos ver directamente hacia adentro.

Un muchacho entró y desempacó un piano.

—¡Guau, qué buen mozo! —dijo Liz.

Él se sentó en una banca.

—¿Irá a tocar? —pregunté. No conocíamos a un solo muchacho en Collins Creek que tocara el piano.

Supongo que desde el primer instante supe que nunca habíamos conocido a alguien parecido a Ethan Benington. La música atravesaba sus manos hacia la penumbra del verano y llegaba hasta lo más profundo de mí.

Cuando Liz me codeó en el costado, yo me sobresalté porque de alguna manera había olvidado que ella estaba allí.

—¿Tú piensas que él sabe que nosotros estamos aquí afuera? Tal vez toque para nosotras.

Yo negué con la cabeza.

—Yo creo que ni siquiera sabe que el mundo está acá afuera. No cuando toca así.

## Dos

Esa primera noche puse mi almohada encima del antepedcho de la ventana, junto a mi cama, y escuché con atención. Tal vez el muchacho recién llegado había comenzado a tocar de nuevo. Podía oír a un perro ladrar en la carretera principal, y podía oír la voz de Jack Paar por televisión. Oía principalmente el golpeteo de la bomba de un pozo de petróleo cercano. La casa del muchacho estaba demasiado lejos. Liz podría abrir su ventana y oírlo. Por un minuto me sentí celosa, pero no dejé que se prolongara. No, no lo querría viviendo junto a mí. La música del pozo de petróleo me era más familiar, y me quedé dormida a su ritmo.

Clare —me despertó mi mamá al día siguiente, y abrió la ventana—. Necesito jabón para lavar —dijo—. ¿Me ayudas?

Un rápido viaje en bicicleta a la tienda de Griffith era una tarea común para nosotros los niños mayores del campamento, porque la mayoría de las familias no tenían sino un auto. Por el cargo de mi papá, él tenía derecho a una camioneta de la compañía para ir al trabajo, pero nuestra Chevy se mantenía estacionada en la entrada. Mi mamá jamás había aprendido a manejar porque las máquinas le daban miedo.

Por lo general, Liz y yo hacíamos viajes a la tienda juntas, y me bajé de la bicicleta para tocar a su puerta pero finalmente no lo hice. Del interior salía el sonido del recital de Liz; ella ya estaba practicando su *ballet*.

Me alejé de la puerta y me devolví hacia mi bicicleta. En realidad no me molestaba estar sola. Liz querría hablar acerca del muchacho nuevo, y yo no me sentía a la altura de la discusión. Impulsé con fuerza los pedales de mi bicicleta.

Sería extraño tener a un muchacho de nuestra edad en el campamento y, además, un muchacho tan buen mozo. Últimamente, los muchachos me hacían sentir incómoda, sobre todo los buenos mozos.

Tuve mi último «novio» cuando estuvimos en tercero de primaria. Phil Watson era su nombre.

Éramos tan cercanos que en el recreo nos sacábamos mutuamente los dientes flojos. Nuestro romance empezó a decaer cuando yo traté de sacarle un diente que ni siquiera estaba flojo. De cualquier manera, a su papá lo transfirieron a otro campo de petróleo. No pensaría más en muchachos. El básquetbol era más seguro. Pensaría en el básquetbol. Me sentía feliz de que mi mamá me hubiera despertado temprano. El sol aún no había comenzado su interminable intento de derretir el asfalto de la carretera principal. Yo podía pedalear rápido sin peligro de una insolación. Trataría de llegar lo más pronto posible marcando en mi mente el punto donde había tenido que disminuir la velocidad. Mañana un poco más lejos y pasado mañana aun más lejos. Finalmente llegaría a la tienda sin flaquear. En esta forma estaría preparada para las carreras alrededor del gimnasio, en el entrenamiento para la temporada de básquetbol.

Liz y yo teníamos grandes esperanzas de estar en el equipo en el otoño, porque Shirley Leonard se había graduado en la primavera. Habíamos decidido entrenar para ganarle la una a la otra, y dejaríamos que el entrenador decidiera.

Cuando dejé de pedalear con fuerza, comencé a notar cosas. Entre las ovejas, en el potrero del señor McGuire había una linda ovejita negra, y me encontré a dos tortugas en el camino. Sentí la urgencia de agarrarlas. En veranos

anteriores, Liz y yo organizamos carreras de tortugas en el campamento. Agarrábamos a las tortugas y se las vendíamos a niños más chiquitos por diez centavos cada una. Por quince centavos les permitíamos entrar en nuestro *derby*, y nos quedaban ganancias aún después de pagar 55 centavos como premio. Fantaseamos con tener mucha plata y empezamos a aceptar apuestas al vencedor. El futuro parecía prometedor hasta que mi mamá se enteró.

—Los bautistas —dijo, mirando con énfasis a Liz que es católica— no apuestan ni a los caballos. Ningún hijo mío va a comenzar a hacerlo con tortugas.

Recordar me produjo gran nostalgia, y me bajé de mi bicicleta y quité a una de las tortugas porque estaba en medio de la carretera. Si tan sólo pudiera recoger tortugas y pedalear hacía atrás, hacia los tiempos de antaño, como decían en *El Llanero Solitario* Sólo que no tan lejos en el pasado. Tres o cuatro años serían suficientes. Entonces podría vivir otra vez la vida buena, simple y sin perplejidad.

Exceptuando la iglesia, el orgullo de Collins Creek, nuestro pequeño campamento podía pasarle completamente desapercibido al viajero. Todos los tubos que constituyen el marco de la armazón gigante vienen del campo de petróleo. Los granjeros piensan en el colegio como su dominio y dominan la junta. Pero la iglesia proclama: «petróleo». La construyeron los hombres en los sábados y en las tardes después de jornadas de trabajo. Con las mujeres sirviendo la comida y los niños pequeños jugando al escondite o a la gallina ciega, la construcción de la iglesia parecía una gran fiesta.

Pasando la calle, en la tienda de Griffith al frente de la iglesia, sólo había un aviso de Coca-Cola Collins Creek, constituido por la pequeña tienda, el colegio y la iglesia bautista, no necesita señales de identificación. Ni siquiera tenemos una oficina de correo. Nuestra dirección es Ruta 2, Edmond, y es hacia esta ciudad, a veinte kilómetros, que la

gente de Collins Creek va a hacer sus compras más grandes y todo lo demás.

Las tapas de botellas de gaseosa impiden que los autos se hundan en charcos durante las lluvias de primavera y de otoño. Sólo por mantenerme entretenida, yo trataba de detectar tapas de botella mientras caminaba hacia la puerta. Todas esas tapas. ¿Cuántas de ellas serían de mis años de tomar gaseosa en la combinación de bomba de gasolina, tienda de comestibles, puesto de hamburguesas y centro social de Collins Creek? ¿Cuántas gaseosas más iría yo a tomar antes de irme hacia un futuro desconocido?

Un olor característico, no del todo desagradable, se sentía adentro de la tienda de Griffith. Venía probablemente del linóleo que cubría el piso y el mostrador, y estaba mezclado con el olor a cebollas, usadas en las hamburguesas hechas al medio día.

En los primeros tres asientos unos hombres discutían acerca de si sería Kennedy o Nixon el triunfador en las elecciones de otoño. Yo recogí mi detergente Tide y fui a sentarme en el extremo del mostrador.

—Saqué de ahí también para una gaseosa —dije y le pasé un billete de un dólar a la señora Griffith, quien no estaba interesada en política y revoloteaba a mí alrededor mientras yo me tomaba la gaseosa.

—Llegó gente nueva allá arriba, ¿cierto? —Ella inclinó su cabeza hacia el campamento.

—Yo creo que sí.

—¿Tienen un muchacho?

Yo asentí.

—¿Cómo es que Liz no está contigo esta mañana?

—Ensayando —dije y la señora Griffith asintió a su vez. El entusiasmo que sentía Liz por el *ballet* era bien conocido. En Collins Creek esta pasión la catalogaba como rara. Yo probablemente era catalogada también como rara, pero la razón no era tan clara. Cuando Jess Russel entró, pagué el depósito de tres centavos que me permitía llevarme la

botella de gaseosa. Tenía que salir de allí antes de que él se sentara junto a mí y apoyara su pierna contra la mía pretendiendo que había sido un accidente. Era más viejo que mi papá y el líder de mi clase de religión del domingo por la noche donde, la semana pasada, me había hecho una caricia en el hombro durante la lectura de la Biblia. No solamente fui incapaz de encontrar el salmo 120:4, sino que casi me vomito en la santa palabra de Dios.

«Yo canto porque estoy feliz» es una estrofa en nuestro himno de la iglesia, pero cuando la canto es generalmente para alejar de mí la oscuridad. Y para sacar a Jess Russel de mi cabeza, recité las cinco estrofas de «Yo estoy resuelto» en la vuelta hacia mi casa.

Dentro del campamento, dos camiones estaban estacionados junto al muelle de herramientas. A uno de ellos lo estaban cargando con equipo del muelle. Los trabajadores del otro camión estaban reunidos alrededor de la máquina de hielo, llenando jarras de agua con trozos de hielo. De alguna forma me sentí tímida al pedalear junto a los hombres y mantuve mis ojos en el suelo. Cuando volví a levantarlos, fue para ver la casa de Liz.

Su vista me hizo frenar en seco. Sentados ahí en el porche, mirándose las caras y conversando, estaban Liz y Ethan Benington.

«Ve hacia ellos», dijo la parte más racional de mi cerebro.

—Jamás en la vida —contesté yo en voz alta.

Tomé el camino más largo hacia mi casa, dando la vuelta por el otro lado de la casa de herramientas y evitando la casa de Liz por completo... «¿Qué te pasa?» inquirió de nuevo la voz más racional. «¿Por qué no estás actuando a la altura?». Esta vez no tuve una respuesta. Ya en la casa, le entregué el detergente a mi madre y, sin que me invitaran a hacerlo, tomé una canasta de ropa mojada y fui a colgarla afuera.

El sol me calentaba la espalda cuando me agachaba a tomar ropa de la cesta. En el árbol del patio un pájaro trina-ba.

Ya había llenado una cuerda, cuando a través del jardín posterior de mis vecinos, vi llegar a Liz corriendo, tan graciosa y rubia como las gacelas que había visto en el canal educativo el otro día. Me imaginé que sonaba música, la música de Ethan.

Cuando Liz disminuyó el paso para caminar, yo seguí con la ropa haciéndome como si no la hubiera estado observando en absoluto.

—Clare —llamó, y yo me sentí avergonzada de la necesidad imperiosa que sentí de envolverle los *jeans* mojados de mi hermanito alrededor del cuello en vez de colgarlos en la cuerda.

—¿Qué más? —Paré de trabajar y la miré.

—Bueno —dijo Liz y tomó una toalla y comenzó a colgarla—, conocí a Ethan.

—¿De verdad?

«Esto es una locura», me dije. «¿Por qué estoy actuando de esta manera?». Recogí el delantal de mi mamá.

—Ajá —dijo Liz con un gancho en la boca—. Es querido.

No había otra cosa que hacer sino invitarla a entrar. «Mantén el control», decía la voz racional.

Adentro, serví vasos con té helado e invité a Liz a pasar a mí cuarto.

—Cuéntame —pensé que mi tono de voz sonaba bastante normal.

—Bueno. —Liz hizo una pausa y arrugó la nariz como lo hace cuando está pensando algo—. Curioso, él es diferente. Es fácil hablar con él.

—¿De qué hablaste con él?

—Me puso un dedo en la nariz.

Yo la miré incrédula. ¿Estaría loca Liz? ¿Cómo podría alguien que tocaba el piano como él, ser tan retorcido como